



**CONFERENCIA MAGISTRAL DEL  
ECONOMISTA RAFAEL CORREA DELGADO  
EN LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES**

**Buenos Aires, 03 de Diciembre**

Queridas amigas, queridos amigos:

Quiero empezar extendiéndoles un abrazo cálido y fraterno en nombre de mi pueblo. Ecuador es un país multicultural y plurinacional. En él se hablan más de 14 idiomas. El castellano es la lengua oficial, pero nuestra nueva Constitución estableció que el kichwa y el shuar, lenguas ancestrales, sean lenguas oficiales de intercambio cultural. Mi país tiene apenas 256 mil kilómetros cuadrados, es decir menos de la décima parte del tamaño de Argentina, pero tenemos una naturaleza increíblemente diversa: llanuras tropicales en la costa; la cordillera de los Andes; la selva amazónica con la más grande mega-diversidad biológica; y, por si fuera poco, ahí están nuestras islas Galápagos, Patrimonio Natural de la Humanidad, donde Charles Darwin sustentó su Teoría de la Evolución de las Especies. Todo a pocas horas o minutos de distancia por aire o por tierra. Ecuador es el país megadiverso más compacto del mundo. Por todo esto Ecuador se ha constituido en el ecocentro del mundo. Por mi intermedio, el pueblo ecuatoriano, gente buena, amiga, les invita a ustedes, a todos ustedes, a conocer el Ecuador, donde se

sentirán como en su casa.

Me es muy grato dirigirme a ustedes, distinguidas autoridades universitarias, maestros, maestras y estudiantes de este prestigioso centro académico, inaugurado el 12 de agosto de 1821 por iniciativa del entonces Ministro de Gobierno de la provincia de Buenos Aires y luego primer Presidente de la Argentina bajo el cargo de Presidente de las Provincias Unidas del Río de la Plata, el doctor Bernardino Rivadavia.

Desde ese año, la Institución ha transitado los derroteros de la historia del país y de la ciudad. Su devenir se vincula con la lucha ejemplar por la autonomía universitaria erigida en contra de la universidad oscurantista y del arcaísmo cultural, que mantenía los privilegios de unos pocos ilustrados.

Probablemente sepan que antes de ser presidente, fui un académico. La academia es por lo tanto mi espacio predilecto y permítanme decirles que me siento aquí, en especial en esta tan prestigiosa e histórica universidad, como en mi casa. Siempre me renueva el alma el regresar a la academia, por

lo que le reitero mi agradecimiento por esta invitación, señor Rector, y, por supuesto, el agradecimiento por el inmenso honor que me ha otorgado la UBA, que lo recibo con humildad en nombre del pueblo ecuatoriano, quien es, por sus luchas, dignidad y sabiduría, quien verdaderamente lo merece.

América Latina está atravesando no solo una época de cambios, sino un verdadero cambio de época. Esto es importante enfatizarlo. No buscamos parchar sistemas o curar estructuras dolientes y caducas, sino que buscamos cambiar el sistema. La región ha elevado su voz casi al unísono en contra de casi 3 décadas de larga y triste noche neoliberal. Estamos por fin superando el desastre que representó, para todos nosotros, la aplicación de políticas nefastas, sostenidas mediante ideologías disfrazadas de ciencia, que jamás consiguieron el desarrollo de ninguna región del mundo.

Nuestra América fue la región que en forma más profunda y rápida impulsó las recetas emanadas del mal llamado "Consenso de Washington"; supuesto consenso, para vergüenza de los latinoamericanos, pues fue

acordado por supuestos académicos, burocracias financieras internacionales y el Departamento de Estado norteamericano, sin el aval de los auténticos representantes de la sociedades en las que se quería intervenir.

Cabe indicar que, de hecho, la ausencia de ideas propias y de líderes capaces fue otra de las grandes crisis que vivió la región en la larga y triste noche neoliberal.

Las políticas neoliberales profundizaron la desigualdad de la región, y con ello incluso socavaron la legitimidad de los sistemas democráticos.

Argentina sabe perfectamente de lo que estamos hablando, cuando se renunció a la política monetaria imponiendo absurdamente un tipo de cambio fijo extremo, como la convertibilidad, junto a un aperturismo a ultranza, para sostener lo cual se apostó totalmente a la inversión extranjera y a las privatizaciones del acervo de todos los argentinos. Las privatizaciones de servicios públicos implicaron drásticos incremento de precios de servicios básicos, con sus consecuencias en cuanto a pobreza y equidad, y ni siquiera proveyeron los dólares que

necesitaba la convertibilidad, al ser privatizaciones en sectores no transables, que no generaban dólares pero sí los consumían con las remesas al exterior de utilidades. Un sistema tan absurdo, que destruyó también la base productiva argentina por la pérdida de competitividad fruto de la convertibilidad. Sistema imposible de sostener, y que estalló con todas sus dramáticas consecuencias en diciembre del 2001, después de 44 meses consecutivos de decrecimiento.

En el caso ecuatoriano, la peor crisis de la historia del país ocurrió en el año 1999. Quebró a la economía nacional y produjo dos millones de migrantes en menos de un lustro: una verdadera catástrofe humana, producto de ese fundamentalismo neoliberal, de la desregulación que se efectuó en el sistema financiero en el año 1994, bajo la premisa de que los actores financieros se iban a autorregular, sin ninguna injerencia estatal, por medio de la libre competencia y del mercado.

Ahora es el mundo entero el que está sufriendo las consecuencias de la falta de controles de los mercados financieros. Y,

desde un punto de vista más estructural, las consecuencias de haber convertido a nuestras sociedades en sociedades DE mercado –es decir donde comunidades, vidas y personas son sometidas a los caprichos de la entelequia llamada mercado-, y haber perdido así nuestra calidad de sociedades CON mercado, es decir, donde la acción colectiva pueda regular y controlar el mercado para que este rinda los frutos socialmente deseados.

América Latina fue el laboratorio donde se aplicaron con mayor fuerza las desastrosas políticas de ajuste estructural, todo ello respaldado por supuestas investigaciones del FMI y del BM, las cuales en realidad eran multimillonarias campañas de marketing ideológico.

América Latina, supuestamente es la clase media mundial, es decir, una región de renta media. Sin embargo, Ustedes pueden encontrar élites viviendo mejor que los ricos de los países más prósperos del mundo; y al mismo tiempo, grandes porciones de población, sobre todo indígenas y afrodescendientes, viviendo tan precariamente como los pobres de África, la región más

pobre del planeta.

La larga y triste noche neoliberal, profundizó la condición de América Latina como la región más desigual del mundo, cuando dada esta condición, todas las políticas públicas debieron estar marcadas por la búsqueda de mayor equidad. Pero, en vez de atacar este problema, lo que hizo el neoliberalismo fue exactamente lo contrario: exacerbó esas desigualdades hasta un punto aún más intolerable.

No quiero hacer de esta intervención una cátedra de cómo disminuir la desigualdad. Técnicamente, son más que conocidas las políticas para lograr una mejor redistribución. Aquí nadie ha inventado el agua tibia. Se trata de progresividad en el sistema tributario, tributos que financien a su vez un adecuado gasto público que otorgue igualdad de oportunidades, se trata de controlar poderes de mercado y con adecuadas políticas laborales traspasar renta del capital al trabajo, se trata de apoyar y proteger a los sectores más vulnerables, se trata de democratizar el acervo social, tanto público como privado.

¿Pero qué nos decía el fundamentalismo



neoliberal? Que había que tener neutralidad tributaria, todos teníamos que pagar impuestos por igual y mientras menos impuestos mejor, y que se requería la minimización del Estado, entre otras cosas, mediante un agresivo plan de privatizaciones. Es decir que hasta derechos humanos tan fundamentales como el acceso a la salud debían convertirse en simples mercancías provistas por el sector privado.

El trabajo humano no es un factor más de producción, es el fin mismo de ésta. Por ello, no me gusta el término “mercado laboral”, que da a entender que el trabajo humano es otra mercancía más. ¿Qué se hizo en la época neoliberal? Para ganar competitividad, no se buscaron avances tecnológicos, no se intentó mejorar nuestra competitividad sistémica; simplemente se quiso competir por medio de la precarización de la fuerza laboral, deteriorando las condiciones de trabajo, reduciendo los salarios reales.

Se usó entonces el eufemismo de la “flexibilización laboral”, que en realidad buscaba legalizar mecanismos de explotación laboral; por ejemplo mediante la

intermediación laboral, la cual permitía poner una empresa pero donde los trabajadores pertenecían a una tercera empresa, la intermediadora, para así eludir responsabilidades laborales.

En realidad fue una práctica nefasta; además de explotación, disminuía productividad; los empresarios decían: “¿para qué invertir en capacitación si los trabajadores no son míos?”. Era la lógica contraria a lo que se viene gestando en países con alta estabilidad laboral (Asia oriental es un buen ejemplo de aquello). Esta estabilidad suele, al contrario, fomentar mayor productividad ya que se generan vínculos de lealtad e incentivos comunes. Con estabilidad laboral, el trabajador piensa distinto: “si yo saco adelante a la empresa, me saco adelante a mí mismo”. Pero en Ecuador ni siquiera se trabajaba para la empresa, ni siquiera se podía ser partícipe de las utilidades de la empresa, y entonces el trabajador se preguntaba: “¿por qué me voy a esforzar para sacar adelante esta empresa?”.

Además, se debilitó aún más la cohesión social. La flexibilización laboral fue la reforma estructural que peores resultados dio en

América Latina.

Otra medida para mejorar la distribución (insisto, estas son cosas bien conocidas, aquí no estamos inventando absolutamente nada) es la democratización del acervo social, la democratización de la propiedad de las empresas y también de los recursos públicos.

Una vez más, lo que se hizo en Ecuador fue exactamente lo contrario. En Ecuador, menos del dos por ciento de las familias poseen empresas, y el neoliberalismo implementó medidas que ahondaron aún más esta exclusión. Incluso cuando parecía imposible privatizar, se restringió el acceso público. Por ejemplo, había bienes públicos como playas y bahías que, de acuerdo a la Constitución, pertenecen al Estado y por lo tanto no pueden ser privatizadas. Entonces fueron "concesionadas", pero no a los pobres sino a los ricos, sin ninguna condición. Se llegó a casos tan extremos como el de la Isla Puná, una pequeña isla de unos novecientos kilómetros cuadrados en el golfo de Guayaquil, con decenas de miles de hectáreas otorgadas a las empresas camaroneras. Esas hectáreas fueron arrebatadas a los puneños y

puneñas habitantes de la isla, para ser entregadas en las manos de empresarios de tierra firme, que ni siquiera contrataban a los trabajadores de la comunidad. Eso sí, exportaban cerca de sesenta millones de dólares por año; haciendo cálculos, se suponía que el ingreso por habitante de Puná, una isla de aproximadamente cinco mil habitantes, debía llegar entonces a doce mil dólares, el triple del promedio nacional, y el mismo ingreso per cápita que Bahamas. Sin embargo, todo el mundo vivía en la miseria. Ni siquiera para esas concesiones se tomaron la molestia de poner como condición que contraten mano de obra local, que capaciten a los lugareños, a las comunidades de la isla para que después se hagan cargo de las camaroneras.

¿Por qué no se hizo lo obvio? Más aún, ¿por qué se hizo exactamente lo contrario de lo que se necesitaba? Porque, mis queridos amigos, y especialmente queridos estudiantes de economía, el desarrollo no es un proceso técnico, sino básicamente político. Se trata primero de cambiar la relación de poder en nuestras sociedades, traspasar el poder de las élites a las grandes mayorías, de transformar

nuestros estados aparentes, como los llama el pensador boliviano Zabaleta Mercado, es decir, Estados representando tan solo a una parte privilegiada de la sociedad, en Estados integrales, como los llama Gramsci, es decir, representando a toda la sociedad. En otras palabras, se trata de transformar nuestros estados burgueses en estados populares.

Esto es precisamente lo que está pasando en muchos países de la región, como en Venezuela, Bolivia, Ecuador, Paraguay, y aquí mismo, en la propia Argentina, y por ello los estertores del viejo orden moribundo, de los poderes fácticos en decadencia pero aún en vigencia, entre ellos el de una prensa corrupta y al servicio del status quo.

Todavía falta mucho camino por andar. En América Latina, el ganar las elecciones no significa ganar el poder. Los poderes fácticos generalmente continúan intactos: poderes económicos, sociales, mediáticos y hasta religiosos. Se trata de una lucha día a día, donde los gobiernos de verdadero cambio sufren conspiraciones permanentes, como se evidenció en Ecuador el 30 de septiembre pasado.

Más allá de tecnicismos y simplismos economicistas —y les habla un economista—, este es el **desafío fundamental de América Latina a inicios de este siglo: el cambio de las relaciones de poder en la región, a favor de las grandes mayorías.**

No nos engañemos. La solución al problema de la distribución es exactamente contraria a lo que receta el paradigma neoliberal. Por supuesto, de acuerdo al fundamentalismo neoliberal, la famosa “mano invisible” lograría la mayor eficiencia en el uso y asignación de recursos, y la justicia se entendía como el agotamiento de los intercambios mutuamente beneficiosos. Pero esta teoría es más cercana a la religión que a la ciencia. La historia, empezando, insisto, por la historia de los países que adquirieron un alto nivel de lo que llaman “desarrollo”, nos demuestra que para lograr la justicia social, e incluso la misma eficiencia en la asignación de recursos, se requiere de manos bastante visibles: de la acción colectiva, de una adecuada intervención del Estado, que no es otra cosa que la representación institucionalizada de todos nosotros, el medio por el cual la sociedad realiza esa acción colectiva.

Pero estos desafíos son también desafíos mundiales. Lo que hemos visto a nivel planetario en las últimas décadas es un absoluto predominio del capital, particularmente del capital financiero, sobre los seres humanos, sobre la naturaleza, e incluso sobre las naciones.

La mejor expresión de esto es la globalización neoliberal. ¿Cómo entender una globalización que busca cada día mayor movilidad para capitales y mercancías, pero criminaliza cada vez más la movilidad humana? ¿Qué resultados puede dar una globalización sin mecanismos de gobernanza, es decir, sin mecanismos de acción colectiva a nivel mundial? Sin duda, la globalización neoliberal no ha buscado forjar sociedades globales, sino tan solo mercados globales; no ha buscado formar ciudadanos planetarios, sino tan solo consumidores planetarios; todo, en función del gran capital.

Y ni siquiera aprendemos de la historia. Algo similar, análogo a lo que está ocurriendo a nivel mundial con países compitiendo para lograr competitividad en base a la explotación de su clase trabajadora, lo vivió ya el mundo

en la Revolución Industrial durante los siglos XVIII y XIX: la época del famoso capitalismo salvaje, cuando los trabajadores morían de cansancio frente a las máquinas, cuando trabajaban niños de cinco años los siete días de la semana en jornadas de trabajo de doce o catorce horas...

¿Cómo se pudo poner freno a esa explotación laboral generalizada? Con el nacimiento de los Estados modernos, es decir, a través de la acción colectiva que puso límites a los abusos del capital. Pues precisamente algo similar se requiere a nivel mundial para evitar los excesos de la globalización neoliberal: acción colectiva e instituciones de gobernanza a nivel planetario.

Las consecuencias están a la vista, sobre todo con la crisis que estamos viviendo. Pensar que esto se va a solucionar tan solo inyectando billones de dólares al sector financiero, sin cambios sustanciales en el sistema, es ingenuo; como ingenuo es creer que se trata de un problema puramente técnico. Se trata evidentemente de un problema político. El gran desafío mundial es que los ciudadanos y las sociedades retomen el control sobre los



mercados y los capitales.

El cambio en las relaciones de poder es, por lo tanto, una condición necesaria para lograr el desarrollo. Sin embargo, también hay que reconocer que no es una condición suficiente. Es tan solo el punto de partida, no el punto de llegada. Hay otros factores sumamente importantes, como el cambio cultural y el rol de la ciencia y tecnología también resulta fundamental.

Es duro lo que voy a decirles, pero la desigualdad y el atraso de nuestros países también se debe a importantes factores culturales.

Permítanme dar un ejemplo ilustrativo. En Ecuador, es aún generalizado el trabajo doméstico: contratar a una persona para que ayude en los quehaceres domésticos. Con ello el bienestar de las clases altas y medias, y no hablo de empresas, sino de hogares, se basa en la explotación de la clase baja, porque las condiciones de trabajo son terribles. Ustedes pueden escuchar familias de clase media (y esto pasa hasta desapercibido) que dicen: "no hay nada mejor que vivir en Ecuador, jamás vamos a alcanzar los niveles de vida que

tenemos en Ecuador en otros países porque aquí tenemos servicio doméstico”, sin entender que su bienestar se está basando en la explotación de los más pobres. Esto no es problema de recursos, sino de mentalidades.

Ustedes pueden encontrar en Ecuador mansiones realmente opulentas, donde el cuarto de la servidora doméstica es más pequeño que el vestidor del cuarto principal de la casa, y además sin ventana, sin baldosa. ¿Por qué? Sencillamente porque allí vive la empleada doméstica y cree la élite –y muchas veces la clase media– que no tiene derecho a vivir dignamente como persona. Y no solo aquello, la servidora doméstica se acostumbró a creer que así debía de ser, que ese era el orden natural de las cosas. El problema cultural es muy grave, y más grave porque estas prácticas han pasado a ser institucionalizadas en las expectativas de la gente rica tanto como de la gente pobre de nuestro país.

Todavía nuestro código laboral establece que las empleadas domésticas, que yo las llamo las esclavas domésticas, solo tengan un día libre cada dos semanas. Eso está instituido en

nuestro código laboral y, aún hoy, no lo hemos podido cambiar con nuestro gobierno. Sin embargo, hemos logrado establecer que tengan la jornada laboral normal. Antes de nuestro gobierno, el salario mínimo de las empleadas domésticas, inexplicablemente, era menos de la mitad del salario mínimo de los demás trabajadores. Se trataba de un caso flagrante de explotación y de discriminación institucionalizada. Ecuador y América Latina no han necesitado leyes explícitas de Apartheid. Bastaron estas barbaridades para estructuralmente mantener la desigualdad y la exclusión.

Por último, cada vez estoy más convencido de la necesidad del cambio cultural para alcanzar el buen vivir; entendiendo la cultura como el conjunto de ideas, creencias, visiones y valores acerca del mundo y de la sociedad, transmitidos socialmente. Como escribía Antonio Gramsci –marxista italiano de quien también es el concepto de Estado integral anteriormente citado– es necesaria la “crítica de las costumbres”.

He repetido en varias conferencias esta idea, la última vez en la cátedra U-Thant de la

Universidad de las Naciones Unidas en Tokio. Toda cultura, tienen sus valores y antivalores, y debemos sacar experiencias de todos ellos. Por ejemplo, tal vez por la dureza de vida, creo que un latinoamericano está mucho más preparado que una persona de un país desarrollado para soportar situaciones extremas. De manera que si un norteamericano y un latinoamericano se perdieran en la selva, probablemente después de un año sería este último el que sobreviviera. El problema está en que si se pierden en la misma selva 200 norteamericanos y 200 latinoamericanos, después de un año los primeros ya tendrán su escuelita, sus cultivos, incluso su iglesia, mientras que los latinoamericanos seguirán discutiendo quién es el jefe.

Es decir, nos falta mucho para aprender a trabajar en equipo. En América Latina todos quieren ser capitán y ninguno marinero. Incluso muchas veces se cree que democracia es la ausencia de autoridad, el irrespeto impune a las reglas de juego establecidas, lo que nos lleva a otro problema: las dificultades para que funcione el Estado de Derecho y el imperio de la ley.

Si en América Latina se comete un error, en vez de realizar el análisis correspondiente, de aplicar las sanciones del caso y, sobre todo, de tomar los correctivos para que no vuelva a ocurrir el error, simplemente le vamos a tirar piedras a la embajada de Estados Unidos. Es decir, la culpa jamás es nuestra, siempre es de los demás, siempre tenemos la razón.

Incluso nos inventamos toda una teoría para echar la culpa a terceros de nuestra pobreza y justificar así nuestra inmovilidad: la Teoría de la Dependencia. Es decir, nosotros éramos pobres porque ustedes eran ricos. Nadie puede negar a través de la historia los mecanismos de explotación que han existido, pero para poder resolver nuestros problemas debemos aceptar que los principales responsables de nuestra situación somos nosotros mismos. Si no, como de costumbre, todos vamos a hablar del cambio, pero que cambie el resto, porque yo no tengo nada que cambiar. Einstein decía que la definición de locura era hacer siempre las mismas cosas y esperar diferentes resultados.

Uno de los grandes enigmas del desarrollo es por qué América del Norte se desarrolló y

Nuestra América no. Si un economista hubiera llegado a América con Cristóbal Colón hubiera concluido que lo que hoy llamamos América Latina se iba a desarrollar más exitosamente que Norteamérica.

Soy malo para los chistes, pero este chiste es bueno: dicen que el primer economista fue Cristóbal Colón, porque cuando salió no sabía a dónde iba, cuando llegó no sabía dónde estaba y todo fue pagado por el gobierno...

Pero si un verdadero economista hubiera llegado a América con Cristóbal Colón hubiera concluido que lo que hoy llamamos América Latina se iba a desarrollar más exitosamente que Norteamérica. Mientras que en ambas regiones abundaban importantes recursos naturales, en América Latina ya existían sociedades bastante consolidadas con importantes adelantos tecnológicos, en tanto que en Norteamérica apenas contaba con unas cuantas tribus nómadas.

Se ha intentado dar respuestas a este enigma, siempre insuficientes, como la de Max Weber en su libro "La Ética Protestante y el espíritu del Capitalismo". Lo que es seguro es que la explicación no pasa por los simplismos

economicistas, sino que se da en función de muchas variables, como por ejemplo las diferencias entre los procesos migratorios en ambas regiones, el contraste entre el modelo agro-minero exportador latinoamericano y el modelo más endógeno y de reproducción de la lógica de la aldea europea soberana privilegiado en América del Norte, así como importantes factores culturales.

Las élites latinoamericanas tienen necesidad de un profundo cambio cultural, para que entiendan que, en democracia, todos tenemos iguales derechos y deberes. Pero también se requieren grandes cambios culturales en toda la población, que nos liberen del inmovilismo, del conformismo, de la victimización, de la apología de la pobreza en medio de intolerables contradicciones.

He hablado de nuestra incapacidad de organización y de echarle siempre la culpa a terceros. Muy relacionado a esto último es justificar todo y, al final del día, ser los referentes del buen vivir. Probablemente los 200 latinoamericanos perdidos en la selva, después de no haber hecho nada para vivir mejor, incluso argumentarán que son el

ejemplo a seguir, pues así protegieron a la naturaleza. De esta forma nunca reconocemos un error, no establecemos responsabilidades, peor correctivos. ¡Qué daño ha hecho el paternalismo en América Latina! Nuestra eterna victimización, donde todos nuestros males –que los hay, y muchos– son culpa de terceros.

Creo firmemente en el poder transformador de la ciencia y tecnología. Es más, en este poder deposito gran parte de mi esperanza en el futuro del planeta, en la sostenibilidad y supervivencia de nuestra especie, en la posibilidad de alcanzar el buen vivir para toda la humanidad. En este sentido, no soy tan pesimista en cuanto al futuro de la humanidad, sin que esto signifique de manera alguna menospreciar los problemas ambientales que hoy enfrenta el planeta. Pero confío en la capacidad del ser humano. Ya existen tecnologías que, por ejemplo, descontaminando el agua pueden a la vez generar energía.

Estoy convencido de que los adelantos científicos y tecnológicos pueden generar mucho más bienestar y ser mayor motor de



cambios sociales que cualquier lucha de clases o búsqueda del lucro individual. Bastaría recordar la revolución industrial, que transformó sociedades agrarias en industriales, revolucionando los modos de producción; o, mucho más recientemente, el espectacular avance de las tecnologías de la información que transformaron a esas mismas economías industriales en sociedades del conocimiento. Seguramente Steve Jobs, fundador de Apple, ha logrado más transformaciones sociales que el más agudo filósofo de derecha o izquierda. Hace rato estoy convencido que cualquier intento de sintetizar en principios y leyes simplistas – llámense estas el materialismo dialéctico de los marxistas o el egoísmo racional de las teorías neoclásicas– procesos tan complejos como el avance de las sociedades humanas, está condenado al fracaso.

El mundo, y sobre todo los ciudadanos de las sociedades más desarrolladas, han soportado el brutal predominio del mercado y del capital de las últimas décadas gracias al impresionante avance tecnológico del siglo pasado y las consiguientes mejoras que esto ha conllevado en los niveles de vida.

Considero que el sistema que predomine en el futuro será en gran medida aquel que permita generar mayor avance tecnológico, pero también que éste esté disponible para las grandes mayorías.

Sin embargo, el desarrollo científico-tecnológico requiere del respaldo de los hombres políticos, de las sociedades y su representación institucionalizada, el Estado. Y allí Nuestra América tiene otro inmenso desafío. América Latina genera una mínima parte del conocimiento científico mundial. La inversión en ciencia y tecnología en la mayoría de nuestros países es inferior al 1% del Producto Interno Bruto –el mínimo, no el óptimo, recomendado por la UNESCO–, y es varias veces menor al porcentaje que invierten los países más desarrollados. Ninguna de nuestras universidades se halla entre las 100 mejores del mundo. No solamente tenemos que invertir mucho más en ciencia y tecnología, sino que debemos coordinar esfuerzos para que esa inversión sea mucho más eficiente, y poner el conocimiento al servicio del bien común, me refiero a impedir la privatización del conocimiento, el cual normalmente es un bien

público.

Un bien público es de libre acceso y sin rivalidad en el consumo. Un ejemplo es el aire puro. Yo lo puedo respirar y ustedes también, y nadie tiene que pagar para hacerlo, y no es porque ustedes respiran que yo dejo de hacerlo.

En este sentido, el conocimiento es un bien público: todos podemos aprovechar de ese conocimiento sin que mi aprovechamiento perjudique el aprovechamiento del otro, y normalmente es de libre acceso: cualquiera puede reproducir, digamos, un proceso industrial. Tratar de privatizar un bien público, por medio de medidas institucionales como patentes, perjudica a la sociedad en su conjunto, porque cuando no hay rivalidad en el consumo, mientras más personas disfruten de este bien mayor será el beneficio social. Un ejemplo dramático de la privatización del conocimiento y de exclusión forzosa se da en el área de la salud, donde una vez descubierta una nueva medicina, lo socialmente óptimo es que esta se encuentre disponible para la mayor cantidad de personas al precio más bajo, lo cual no ocurre en la realidad. Los

altos precios de ciertas medicinas, que pueden significar que la diferencia entre la vida o la muerte es cuestión de unos cuantos dólares, se justifican supuestamente porque la empresa que generó ese nuevo medicamento debe tener un adecuado incentivo para seguir generando conocimiento.

Pero, aunque buena parte de la inversión en ciencia y tecnología proviene de las grandes corporaciones del Primer Mundo, también una importante parte del conocimiento científico y tecnológico viene de universidades, instituciones públicas e instituciones sin fines de lucro.

En realidad, el principio de la privatización del conocimiento para maximizar la producción de ciencia y tecnología no deja de ser un mito. Además de su ineficiencia social, lo único que hace es someter al ser humano a los intereses del capital. Hay maneras más eficientes de incentivar el desarrollo del conocimiento. Una forma es con mayor participación de la academia y del sector público; otra, compensando por medio del Estado a la generación de conocimiento con fines lucrativos. El mayor problema es que estas

alternativas afectan intereses creados, que no se erigen precisamente en defensa del bien común.

Otro gran desafío de nuestra América y del mundo entero es el cuidado del único planeta que poseemos. También se necesita tomar conciencia de que se trata de un problema político. La generación y protección de bienes públicos globales, como el medio ambiente, requiere de acción colectiva global y de un cambio profundo en la lógica económica, donde se compense la generación de valor, no simplemente la producción de mercancías.

Al otro extremo de los bienes públicos comunes están los bienes privados puros, pues para acceder a ellos tengo que pagar: una manzana por ejemplo. Mientras más manzanas como, otro comerá menos manzanas, al menos de la misma manzana. El bien privado es susceptible de tener un precio porque tiene capacidad de exclusión, si no pago no recibo la manzana, y por eso se convierte en mercancía. Es decir que la mercancía es un bien susceptible de tener un precio monetario explícito para así ser intercambiado en un mercado.

¿Pero cuál es el precio monetario del aire puro, mi primer ejemplo, o del medio ambiente? Como no hay capacidad de exclusión, como son bienes de libre acceso, no son susceptibles de tener esos precios monetarios explícitos. Si yo quiero comprar un tractor en los Estados Unidos, tengo que compensar al vendedor por ello; pero por todo el aire puro que genera la selva amazónica, pulmón del planeta, sin el cual la vida humana en la Tierra sufriría un grave deterioro, e incluso la extinción total, los países de la cuenca amazónica no recibimos absolutamente nada a cambio.

Es por ese motivo que enfrentar el gran desafío del cuidado del planeta se vuelve un problema político. Porque sencillamente si los países que generan estos bienes públicos fueran los países ricos, hace rato que ya se hubieran impuesto, y siempre en nombre de doctrinas cosmopolitas y seguridad jurídica, por la razón o por la fuerza, compensaciones adecuadas.

Sin duda el acuerdo de Kyoto ha sido el más importante avance de la economía de mercado, o más exactamente, una mezcla de

acción colectiva y de mercado, para la generación y protección de los bienes públicos ambientales. Sin embargo, los incentivos de Kyoto fueron incompletos, injustos e incluso distorsionadores. Por ejemplo, se compensaba con bonos de carbono a los países que reforestaban, pero no a aquellos que mantuvieron el bosque en pie, con lo que la mejor estrategia a nivel financiero era cortar el bosque, vender la madera, y luego recibir una compensación adicional en bonos de carbono por volver a sembrar. Por ello, ya se están discutiendo los mecanismos REDD (Reducing Emission from Deforestation and Forest Degradation in Developing Countries) para compensar a los países que no han cortado el bosque. Pero esto sigue siendo insuficiente. Partiendo de que lo que se quiere es generar y proteger el bien público llamado medio ambiente, lo que hay que compensar son las “emisiones netas evitadas”: ENE.

ENE son las emisiones que pudiendo ser realizadas en la economía de cada país, no son emitidas, o las emisiones que existiendo dentro de la economía de cada país, son reducidas. El concepto permite resolver el aparente dilema anterior, esto es, qué

compensar. Tanto la reforestación cuanto el bosque en pie ayudan a limpiar el medio ambiente, en consecuencia, de acuerdo a ENE ambas, acción y omisión, deben ser compensadas. Sin embargo, ENE va mucho más allá. Por ejemplo, los diferentes países productores de combustibles de origen fósil, altamente contaminantes, tendrían libertad para elegir entre extraer dichos recursos o dejarlos en el subsuelo y así ser compensados por las emisiones que se evitarían.

Es precisamente en esta lógica que Ecuador ha presentado al mundo la iniciativa Yasuní-ITT: dejar bajo tierra las mayores reservas petroleras probadas que tiene el país, las cuales se encuentran en una de las zonas de mayor biodiversidad del planeta. Con lo cual además de proteger la biodiversidad, se evitaría enviar a la atmósfera más de 400 millones de toneladas de emisiones de CO<sub>2</sub>. A cambio, Ecuador pide una compensación de parte de la comunidad internacional por la contaminación evitada.

Nótese que a diferencia de otros conceptos como REDD, ENE no se ve restringido a una actividad específica y considera actividades



económicas que involucren la explotación, uso y aprovechamiento de recursos renovables y no renovables.

La legitimidad de la compensación por ENE se fundamenta en derecho, ambientalmente y económicamente.

En cuanto a derecho, la idea central de ENE es que el agente que tiene el derecho de realizar la acción, debe ser compensado para que no la realice en caso de ésta ser individualmente deseable pero no socialmente, es decir, en caso de producir externalidades negativas. De forma análoga, si un agente no tiene la obligación de realizar una acción que individualmente no es deseable pero sí socialmente, es decir, produce externalidades positivas, debe ser compensado para que la realice<sup>1</sup>.

En aspectos ambientales, la idea central de ENE es extremadamente obvia: en términos netos, no ensuciar el medio ambiente – compensación por omisión teniendo el derecho de realizar la acción- es equivalente a

---

<sup>1</sup> El problema de los derechos individuales, costos sociales y respectivas compensaciones ha sido tratado ampliamente en la literatura jurídica-económica. Ver por ejemplo el trabajo seminal del Premio Nobel de Economía Coase Ronald:..... 1960.

limpiarlo –compensación por acción sin tener la obligación de realizarla-.

Finalmente, en cuanto a lógica económica, ENE, al igual que todas las compensaciones por generar o mantener bienes ambientales, los cuales por ser bienes de libre acceso no tienen precios explícitos de mercado, se fundamenta en la necesidad de compensar la generación de valor y no tan solo de mercancías para lograr la maximización del bienestar social y un desarrollo sostenible.

De generalizarse este tipo de compensaciones en base al concepto de emisiones netas evitadas, se daría un cambio sustancial en la distribución del ingreso mundial a favor de los países pobres generadores de bienes ambientales; y no por caridad sino, insisto, por estricta justicia.

Esta es la esencia de la propuesta que lleva UNASUR a la Cumbre sobre Cambio Climático que se está realizando en estos momentos en Cancún, pero tengo que confesarles que, pese a su impecable lógica y legitimidad, no tengo muchas esperanzas de que la propuesta ENE reciba la atención que merece.

Insisto, si los generadores de bienes ambientales públicos fueran los países desarrollados, hace rato que por la razón o la fuerza nos hubieran exigido compensaciones. Lamentablemente, como decía Trasímaco a Sócrates hace casi dos mil quinientos años, *la justicia es tan solo la conveniencia del más fuerte*. Por ello, como habrán notado, al menos en el estado actual de la humanidad, siempre insistiré en que para lograr la justicia a nivel regional y planetario se requiere un cambio en las relaciones de poder, y por ello, entre otras cosas, es tan importante la relación entre nuestros países.

No obstante mi optimismo en la capacidad humana de innovación, estoy muy consciente de que esto no es suficiente para garantizar un desarrollo sustentable. Debemos procurar que se cambie la noción misma de "desarrollo". Si todos los ciudadanos chinos alcanzaran el nivel de desarrollo que tienen los habitantes de Nueva Jersey, el planeta sencillamente colapsaría. No existirían los recursos naturales necesarios para sostener esa clase y nivel de vida. Es claro que lo que conocemos actualmente como desarrollo no es universalizable.

Este fue, en mi opinión, el mayor error del socialismo tradicional: no disputó la concepción de desarrollo con el capitalismo, sino que buscó una forma supuestamente más rápida y justa de llegar a lo mismo: el consumismo, el materialismo, el productivismo. Es necesario cambiar nuestra concepción de desarrollo, y en Ecuador podemos aprender mucho de nuestros pueblos ancestrales. En la cosmovisión de los pueblos andinos de Nuestra América, se encuentra la noción del "buen vivir", El *Sumak Kawsay*, en kichwa, que no es la acumulación ilimitada de bienes materiales, sino la satisfacción de necesidades y la realización de las capacidades humanas, con justicia y dignidad, en armonía con la naturaleza y los demás seres humanos. Este concepto ya ha sido recogido en la nueva Constitución ecuatoriana, que, dicho sea de paso, es la Constitución más verde del mundo, ya que por primera vez en la historia de la humanidad reconoce los derechos de la madre naturaleza (la Pacha Mama). ¿Utópico? Probablemente, pero de seguro menos utópico que pretender que el planeta aguantará la generalización del concepto occidental del desarrollo.

Afortunadamente, América Latina parece haber entendido que para lograr nuestras metas es necesario realizar cambios fundamentales, y como he argumentado aquí entender que los problemas económicos y de desarrollo son fundamentalmente problemas políticos, es decir problemas íntimamente vinculados al equilibrio del poder. Y a nivel internacional, el poder también se mide en términos de soberanía y de capacidad de integración con los países afines y aliados.

Hoy, por fin, existen las condiciones y la voluntad política para voltear la página de la larga y triste noche neoliberal y acabar con el rol que nos ha sido asignado en la división internacional del trabajo.

Resulta evidente que gran parte de este esfuerzo pasa por dejar de actuar de forma aislada, y dejar de competir mezquinamente los unos contra los otros. Para lograr la acción colectiva y coordinada es necesario lograr ese viejo anhelo latinoamericano que es la búsqueda de nuestra integración. Sin este proceso de integración se malograrán indefectiblemente nuestros esfuerzos por construir alternativas de desarrollo más

justas, sostenibles y equitativas, ya que no podremos resistir los embates del mercado mundial y de las viejas y nuevas potencias que lo dominan.

Nuestra América, en este cambio de época, está recuperando algo que también nos robó la larga y triste noche neoliberal: la confianza en nosotros mismos, nuestra dignidad.

Estimadas amigas y amigos:

Ojalá no los haya decepcionado. Probablemente de un presidente-economista esperaban un sesudo análisis economicista, lleno de datos y de cifras. En lo personal, pocas cosas me molestan más que los análisis que pretenden ser técnicos y lo único que esconden es un insoportable simplismo, asumiendo un mundo en un vacío de fuerzas, haciendo abstracción de cuestiones tan fundamentales como poder, ciencia y tecnología, medio ambiente y cultura. Como decía John Kenneth Galbraith, famoso economista canadiense de Harvard, la teoría económica ha nublado la capacidad de entendimiento de los economistas.

Estamos en un mundo que avanza tan

vertiginosamente, que cada vez que tengo las respuestas, me cambian las preguntas, por lo que no he pretendido con esta intervención dictar una cátedra de principios o conclusiones inmutables, sino tan solo exponer algunos puntos que considero necesarios para el análisis de nuestro momento histórico.

Finalmente, como he tratado de dejar claro en esta intervención, considero que los desafíos de América Latina son los desafíos del planeta entero: la búsqueda de un mundo más justo y la erradicación de la pobreza, la cual es esencialmente fruto de sistemas perversos y no de ausencia de recursos. Requiere también de un cambio cultural, en las élites pero también entre los más pobres, principales sujetos de su liberación; de la búsqueda de una nueva noción de desarrollo, que supere el consumismo, la acumulación ilimitada y el productivismo, y dé relevancia a los valores de uso, a los bienes públicos globales, a la armonía con la naturaleza; para todo lo cual es fundamental un adecuado desarrollo, con ciencia y tecnología.

Todo esto, a mi criterio, pasa por el cambio en las relaciones de poder, para que en el centro

de todas las políticas nacionales, regionales y mundiales, finalmente se apunte a lo fundamental, a lo esencial, que son los seres humanos.

¡Muchísimas gracias!

**Rafael Correa Delgado**

**PRESIDENTE CONSTITUCIONAL DE LA  
REPÚBLICA DEL ECUADOR**